



ALIENTO EN LAS PUPILAS: CUATRO POETAS DE COLOMBIA

MARIO ENRIQUE ERASO BELALCÁZAR

Doctor en Literatura Hispánica por El Colegio de México

Profesor Universidad de Nariño

riooseamar@gmail.com

RESUMEN

Este comentario crítico parte de una premisa: es necesario establecer el canon de la poesía colombiana contemporánea. Esta tarea implica ofrecer a los lectores una perspectiva de la poesía colombiana con poetas que merecen un lugar en ese canon, considerando la calidad de la poesía y la serie de temas que desprenden sus poemas. Por tanto, presento a cuatro poetas: Mauricio Contreras (Bogotá, 1960), Gonzalo Márquez Cristo (Bogotá, 1963-2016), Gloria Posada (Medellín, 1967) y Francisco Gómez Campillo (Popayán, 1968), intentando fortalecer la visión de cada uno de ellos, asociándolo con un elemento natural: agua, aire, tierra, fuego. Así las cosas, más que una lectura basada en argumentos teóricos ceñidos a la crítica literaria de uso, me parece sugestivo procurar llegar a estas voces por trochas más intuitivas que académicas, imaginando el camino mental seguido por las imágenes que ellos proponen para el placer del lector. Al final del comentario transcribo algunos poemas de los autores. La breve antología, sin embargo, ayuda a formarse una idea más concreta sobre el valor de estas voces. Creo que con esta presentación se puede comenzar a resolver la pregunta sobre las características de la poesía colombiana de los últimos años.

PALABRAS CLAVE. Gloria Posada, Mauricio Contreras, Gonzalo Márquez Cristo, Francisco Gómez Campillo, Poesía colombiana contemporánea.

ABSTRACT

This critical comment starts from a premise: it is necessary to establish the canon of contemporary Colombian poetry. This task involves offering readers a perspective on Colombian poetry with poets that deserve a place in that canon, considering the quality of the poetry and the series of themes that emanate from their poems. Therefore, I present



four poets: Mauricio Contreras (Bogotá, 1960), Gonzalo Márquez Cristo (Bogotá, 1963-2016), Gloria Posada (Medellín, 1967) and Francisco Gómez Campillo (Popayán, 1968), trying to strengthen the vision of each of them, associating it with a natural element: water, air, earth, fire. Thus, more than a reading based on theoretical arguments limited to the literary criticism of use, it seems to me suggestive to try to reach these voices by paths more intuitive than academic, imagining the mental path followed by the images that they propose for the pleasure of the reader. At the end of the comment, I transcribe some poems of the authors. The short anthology, however, helps to form a more concrete idea about the value of these voices. I think that with this presentation we can begin to resolve the question about the characteristics of Colombian poetry in recent years.

KEY WORDS: Gloria Posada, Mauricio Contreras, Gonzalo Márquez Cristo, Francisco Gómez Campillo, Contemporary Colombian poetry.

INTRODUCCIÓN

Comenzaré con una imagen ritual: Posada, Contreras, Márquez Cristo y Gómez Campillo son poetas desgarrados y combativos, que están trasfigurando la poesía, entregándole esa transparencia oscura que llega después de que el corazón ha sido desdoblado y las obsesiones errantes se han recogido en palabras. Pero, entonces, ¿qué tipo de herida desvaída los identifica tras su golpe, como si ellos fueran gotas, soplo, arenas, chispa, animales violentos?, ¿cuál avidez hace posible que cada uno renueve la mancha luminosa, húmeda, amarga del poema, hundidos en su solitaria espiral?

Para bosquejar una respuesta he recurrido al siguiente corpus de libros de poesía: de Gloria Posada, *Naturalezas* (Ediciones Sin Nombre, México, 2006); de Mauricio Contreras, *La herida intacta* (Alcaldía Mayor de Bogotá, Bogotá, 2005); de Francisco Gómez Campillo, *El viento y los colores* (Universidad del Valle, Cali, 2005); de Gonzalo Márquez, *Oscuro nacimiento* (Ediciones Común Presencia, Bogotá, 2003). Con ellos intentaré esbozar las coordenadas que podrían ser como ventanas inclinadas a la comprensión de estos cuatro poetas colombianos nacidos en la década de los años sesenta del siglo XX, sin olvidar que la poesía es una experiencia inexplicable, violenta, lejana. Cabe precisar que los poemas consignados en la antología también están tomados de los poemarios arriba citados.

LOS CUATRO ELEMENTOS

AIRE

Para Gloria Posada la experiencia de la poesía no consistiría en buscar o descubrir, sino en caminar a la intemperie bajo el cielo; menos que la luz o la oscuridad, la penumbra sería su lugar. Estos versos que tienen la calma de la sangre brillante, están fundidos contra el aire; por eso son leves, gravitan en su celda mental, aunque su ligereza es proporcional a la quemadura de su vuelo:

“Duración”

Gotas de agua



ya no son nube
Frutos y hojas
no son árbol
Pétalos no son rosa
Lágrimas no son mar sereno

Todo lo que se desprende
Nos enseña a caer

Es evidente el desprecio de los artículos y de las metáforas yuxtapuestas, incluso la plena consciencia del peligro de que un sustantivo se convierta, provisionalmente, en adjetivo. No hay prisa, sólo se advierte la pausa de las grandes palabras, fracturadas como cáscaras maduras sobre el desierto: “gotas”, “agua”, “frutos”, “hojas”, “árbol”, “pétalos”, “rosa”, “lágrimas”, “mar”, “todo”. Así, pues, se podría encontrar Alejandra Pizarnik (“aún no es ahora / ahora es nunca // aún no es ahora / ahora y siempre / es nunca”) templando, en el bajorrelieve de esta poética, su plumaje de reina de la melancolía. Sin embargo, Gloria Posada, quien escogió, justamente, para su primer libro *Oficio divino* (1992) este epígrafe de *La joven parca* de Valéry: “seguí tras la serpiente después de ser mordida”, aceptaría esa lección, pero se anudaría a otra: su escritura diurna, ardua, contemplativa, tiene la sequedad de una piedra partida que se trasmuta en una gota de cielo abierto. De ahí la humanidad embellecida que se despliega en estos versos del aire, como si, fugazmente, el alba nos recogiera desnudos, cubiertos por hojas blancas, sueltas, transparentes.

“Sonido que cae”

Hojas en el suelo
construyen
memorias del árbol

Semillas viajeras
germinan en silencio
hasta tejer sus ramas el bosque

Lluvia alimenta la raíz



origen que desciende
pero no cae
como el fruto en la ofrenda

Todo se mueve en el árbol
y él permanece firme
invocando al cielo

TIERRA

Las personas amadas sólo son visibles en la oscuridad; cuando cerramos los ojos podemos adivinar de quién es la mano calurosa que nos venda, y si la mano está indefensa, sabremos que se trataba de la caricia de la tierra. Mauricio Contreras intentaría conciliar el deseo de la tierra con lo que es más que esa savia profunda; aunque esa confluencia no acabará de germinar, pues la oscuridad está en la cumbre, inextinguible, inexpugnable:

“XIV”

la olla a presión atragantada de frijoles

el llanto de los niños atragantados de hambre

la madre atragantada de años

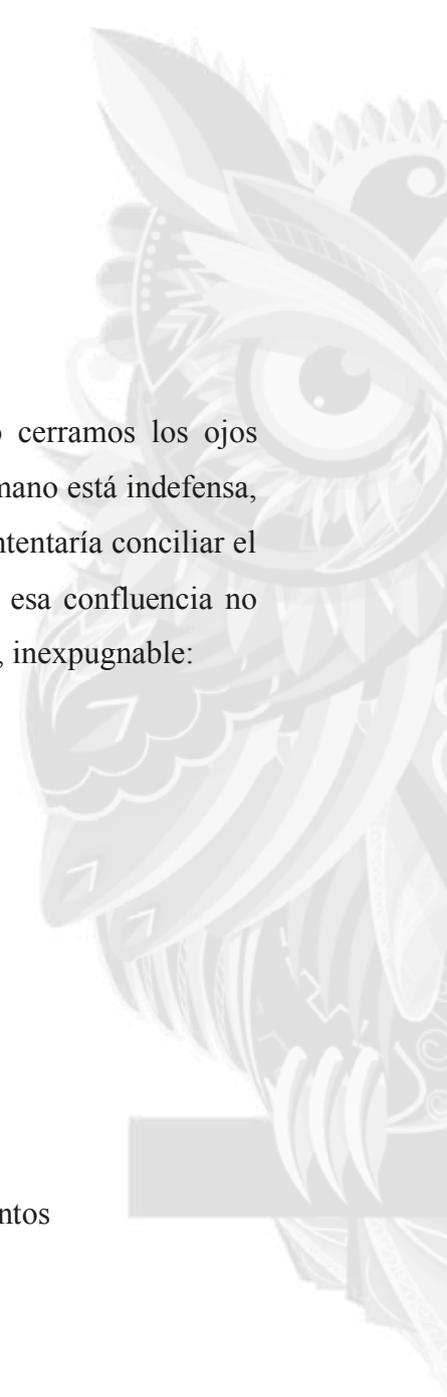
el televisor atragantado de muertos de anoche y otros tantos

el incesante goteo cayendo al fondo del alma

el poema

una pausa

para conjurar los ruidos de la casa



En este poema no hay señuelos, trampas, fuegos de artificio; si tiene la apariencia de piel rasguñada es porque sus versos son como golpes del desastre destinados a herir, a violentar, a traspasar. Una voz nos dice que la infancia ha terminado, que los caminos ya no son caminos, que debemos desconfiar del color de las rosas pues la única belleza que nos sostiene frente a las barracas es la fuerza:

“X”

¿dónde esa legión de arcángeles hermosos y turbulentos como pájaros sonámbulos?
¿cómo apacentar mis bestias en oleaje de cuerpos escurriendo como aceite de sándalo?
¿y la noche que disuelve todas las fronteras?
errante me embriago como un condenado
acaricio con mi lengua rosas de fuego entre palabras cenicientas
latas de cerveza y jadeos de insectos de acero rasgando la piel del asfalto
no hablo del destierro
pero cómo bailarían con los gitanos alrededor de sus carretas
o acaso
¿aullar contra el cielo y su más fastuosa miseria?

En el tránsito que va de la noche perfecta a la oscuridad de los socavones, se advertiría la presencia de Raúl Gómez Jattin (1945-1997). Quizás, por eso, en Contreras no habría pureza distinta a la del animal destronado; sus poemas serían jaurías sin cadenas, desolladas, escupiendo libres por las avenidas oscuras, que solas y furiosas se quedarían cuando va desapareciendo lo que los unía a la tierra, a la atracción de sus giros, mientras tantean las palabras mordidas entre tributos agónicos.

AGUA

En la banca del parque hay alguien —hechizado— esperando la lluvia. Ese alguien (¿niño, pájaro, monje, insecto, muchacha desnuda?) intenta conciliar las diversas tonalidades del soplo del viento; que solamente queden las partículas de la lluvia en sus cristales herméticos, mutados ahora —han sido redimidos de la espesura— en testigos de

las nupcias de la luz con luz en el fondo del acuario de su corazón, allí donde se agitan las imágenes recién lavadas como arroz puro:

“Habíamos sido dioses por un instante”

A un día
Seguía otro día
Y siempre era
La niñez,
Siempre era
El río,
Siempre la tarde
Y sus juegos,
La calle
Y sus juegos,
El cielo
Y las nubes,
La hierba
En el rostro,
La madre bella,
El bosque
Y las frutas
Robadas,
La risa
No acababa
Ni la amistad
Con el viento.

Francisco Gómez Campillo, entonces, estaría libre y hacia el extremo de la infancia, a la espera del aliento de la cascada e, inversamente (pues la poesía no da nada, no exige nada) se frotaría los ojos con las aguas turbias, las que graban su humedad coralina en lo incierto, y así, en ese equilibrio sin eje, las aguas irían provocando el naufragio de las diminutas vestiduras del poema:

“Poema”

Un vaso con agua es una fuerza trascendente:
Mueve su presencia hacia el centro del poema
Donde el agua es una cualidad de la memoria
Para recordar el vínculo entre dos hechos:
Los amantes que se desnudan en un cuarto
Y la barca que fluye despacio por el río:
La corriente arrastra los dos acontecimientos
Hacia la unión que la mente no comprende,
Los amantes ya se besan los rostros fracturados
Por la veloz penumbra del cuarto en movimiento,
Pero el vaso de la inmovilidad brilla y aguarda
El estallido, la sed, la fuerza trascendente.

¿Acaso *Muerte sin fin* de José Gorostiza es “la fuerza trascendente”? ¿Será que la poesía (todos los nombres y ninguno) mueve sus peones de la transparencia mientras el Rey de la sangre coquetea con la saliva purificadora de la Reina? ¿Si esto fuera cierto, cambiaría la experiencia de la poesía o, inevitablemente, la mancha germinal seguiría tatuada en el adiós de la infancia? A estas conjeturas, Gómez Campillo parecería responder con los sentidos puestos en el agua; pero su palabra no se aleja del corazón de la humanidad para hacerse más humana, sino que, por el contrario, ha resistido el oleaje para hacerse más clara.

FUEGO

Sentados alrededor de la tulpá, moliendo el curare, como desalentados de brazos de tigre y risa de piedras, mientras otros bailan sobre las maderas mojadas y el mayor hace sonar la trenza de las hojas para que las visiones ganen la velocidad de las llamas, los poetas del futuro penetran en el castillo de la pureza luego de haber sido devastados por la noche vidente. No hay prisa: un segundo o todos, un día o ninguno, ahora o siempre, y de súbito las imágenes comienzan a arder y de lo profundo de las tripas del fuego se alza el monograma de la claridad:

“Dominio de las huellas”

Volví de la noche: aún me escucho el corazón.

Para construir en el abismo me entrego al resplandor que aniquila, que escalda mi rostro.

Aquí sólo el fuego conoce los caminos.

Hemos sido encargados de profanar el mundo, de seguir a quienes fundaron una progenie de espectros y de anunciar la llegada de los emisarios del terror.

Cuando la sombra nos precede sospecho que el tiempo me vigila.

Fui expuesto. Me acechan los inquisidores. El victimario sufre la tiranía de sus huellas y ese incesante sobresalto será nuestra única venganza.

Somos los nuevos nómadas, los prisioneros del futuro, los de la mirada inacabable.

Es en momentos aciagos cuando es oportuno renacer, conteniendo la respiración, sintiendo el miedo que aletea en la ventana.

¿Aún será posible expresar la primera sílaba? ¿Emprender nuestro retorno vegetal? ¿Recobrar el canto del agua? ¿Liberar a la raíz?

Comprendí todos los regresos.

La poesía se lee cerrando los ojos.

Instigué a la flor para que se rebelara contra la primavera. Extravié mi sed.

Oh noche, todo se ha creado en contra tuya.

Gonzalo Márquez Cristo muere cada vez que escribe y no cree en el mito del ave fénix: no renace, tiembla. Es hostil a lo que no pertenece a la llama; hereje al que le repugna escribir bajo los manotazos de la primavera: lo suyo es la carne de la noche, los socavones, las sombras que se ajustan, ansiosas, bajo el subsuelo de las avenidas. Se come las manos y escribe con los muñones puestos en cruz como una bendición incandescente:

“Oscuro nacimiento”

Fuera de ti, amo sólo lo que es de todos...

Destruyo mi alianza con el sol. Mi fin acabará por encontrarme. Convertida en fragmentos me guías al nuevo sabor, saber del agua. ¿Cuántos sueños no hemos usado?

Giras, te perfeccionas: te tornas vegetal. Tus dedos caen como hojas... Una palabra agoniza. Enceguezco.

Ninguna de mis preguntas tiene respuesta, dices con voz de ámbar. Ni soledad, ni nacimiento...

Los ojos se rebelan. Surge entre nosotros un dios efímero que debemos devorar. Atemorizados entregamos los nombres. Aprendemos las primeras sílabas. No es posible descreer del miedo con sus fundaciones, sus túneles sagrados, sus sombrías génesis, sus evasivas ardientes... Aunque a veces nos distancie el amor.

Nadie arde dos veces en el mismo fuego.

Mujer, trae la tierra, abrígate con tu sombra. Renuévate en las tinieblas, escapa en tu respiración... No sustituyas la muerte por la escritura de la verticalidad...

Escucha venir el tiempo.

(A Pilar, dibujo en el agua)

No hay prisa porque no hay escapatoria. Si la poesía consiste en aprender a excavar en los ojos del tigre o, con otras palabras, hundirse en su rechazo (soñar, por ejemplo, que ella se va para siempre como una mujer que nos despide de sus brazos), vale la pena abandonar los ojos en el fuego; quedarse quieto allí, sin decir nada, con las pupilas rojas, vagabundas, y no volverlas a levantar de la hoguera nunca, nunca, nunca.

CONCLUSIÓN

“No hay poesía sin la tentación del demonio”, dice Jorge Cuesta. Entonces: ¿cuál es el demonio de la actual poesía colombiana? En Gloria Posada, Mauricio Contreras, Francisco Gómez Campillo y Gonzalo Márquez se mostraría, al menos, la flotación de ocho características fundamentales entre cuyas fisuras la anti-heroína hace señas al diablo para permanecer bella: poesía ensimismada pero profunda, desmoronada pero viril, empapada pero vital, dolorosa pero resplandeciente. Sólo por eso, a los nombres mayores de la poesía colombiana del siglo XX (León de Greiff, Aurelio Arturo, Álvaro Mutis, José Manuel Arango, Giovanni Quessep y Raúl Gómez Jattin), quizás se podría sumar alguna(s) de estas voces en el siglo XXI; y, si eso sucediera, de esta poesía ya no se podría esperar la madurez del espectáculo, sino, mejor, el paso firme de quien pierde fantasía para ganar brillo, melodía para ganar fuerza, emoción para ganar enigma, armonía para ganar tensión.



ANTOLOGÍA

GLORIA POSADA

“Bajo el cielo”

Estrellas
signan la tierra
Elementos nos habitan
forman la carne
sustancia y calor
de nuestro cuerpo

Cúmulos de nubes
viajan en el viento
se unen y separan
en la imprecisa forma del tiempo
Ciclo final
que nos acecha

No conocemos
bajo el cielo
la exacta intemperie



“Naturalezas”

Respirar o evaporarse
tener raíz o ir a otro lugar
La superficie es piel o plumaje
la partida es vuelo o camino

En el ser
horizontes se renuevan
lenguajes nombran mundos

Lo pasado es eco del olvido
El amor encuentra silencio
cuerpos sienten frío

El pensamiento busca respuestas
Proximidad como lejanía
mirada como deseo
Estrellas o células
el interior de la sangre es inaccesible



“Arte efímera”

Ese instante
de montañas azules
cielo rojo
y nubes
concentradas en violeta

Ocaso
en que la luz
es icono

Rotación
donde vislumbramos
la noche





MAURICIO CONTRERAS

“I”

los pasillos de un centro comercial
un sillón frente al televisor
el agobio de la música

o

del licor

las paredes de un baño público
un estadio vacío

una mala película
un trancón
el exceso
la carencia

la última colilla
consumida en las hogueras del insomnio
y esta erección insatisfecha
cuando la muerte de ojos tan grandes
para mirarte mejor
me aleja de tu sexo acezante





“II”

bajo el volcán
el nómada extravió
entre piedras derrotadas de furor
o el delirio
armadura de luz

recio pelambre de perro callejero
husmeando mendrugos de dios
de voz
de amor

en el lodazal inmenso
y
amanece





“VI”

hoy amanecí degollado
un tajo limpio
una irónica sonrisa de oreja a oreja adornaba mi garganta
era de ver mi lengua colgando como corbata
y las de mis vecinos babeando sobre la alfombra
queriendo meterse en mi cuarto

la empleada del servicio recoge sábanas y cientos de colillas de cigarros
mientras me aconseja comportarme como un buen muerto y no dar esos espectáculos
mi ocasional amante chilla que todo no es más que un pretexto para no pagarle

y mi madre
ya la escucho
reprochando la desfachatez de andar por ahí sin tan siquiera una bufanda

claro que si tuviera una bufanda roja me colgaría de la viga más alta
y escribiría un poema titulado *el ahorcado del café bonaparte*

pero ni esto es París
ni el palo está para cucharas

lo único cierto es que hoy
en el cuarto número doce de las residencias Luis XV (sin aviso a la calle)
amanecí degollado
y no logro despertarme



FRANCISCO GÓMEZ CAMPILLO

“Continuidad”

No sigue
Nada,
Después
De una
Piedra
Sigue
El cielo,
Tal vez
Una muchacha
Desnuda
Haya
Precedido
El estupor
De los ojos,
Pero
Después
–recuerda–
No sigue
Nada.





“Invitación al camino”

No
Se afana
El grillo,
Ni
La lluvia,
El hombre
Se afana,
El día
Será
Breve,
Pero
Habrá
Un minuto
Infinitamente
Largo
Como
Un camino.



“Razón loca”

No existe
Ni lo más
Pequeño,
Ni lo más
Grande,
Ni lo más
Perfecto,
Ni lo más
Imperfecto,
Ni lo más
Alto,
Ni lo más
Leve,
Ni lo más
Claro,
Ni lo más
Profundo...
Pero
Existe
La rosa.



GONZALO MÁRQUEZ CRISTO

“Restituciones”

Pretendo que todo lo perdido se convierta en poema.

Las heridas como los huracanes tienen nombre. Y aunque ignoro por qué a mi alrededor nacen los abismos, desde el origen fui mancillado por la felicidad, por su cima inclemente.

Las invasoras restas del recuerdo. La pugna de la raíz. La antigüedad del silencio...

No pongo flores en el cementerio del sueño, pero continúo a pesar de todas las arenas movedizas del espíritu.

La culpa que no te deja partir es el amor.

Y ahora la niebla, la lluvia, la ausencia...

El desequilibrio llamado belleza, la terrible orfandad de lo sagrado, la rosa ígnea que me guía en la desesperación...

Sé que el camino terminará por encontrarme.

Como todo lo que se hace visible para morir.



“Descenso de la luz”

La noche es mi regreso. Transito el museo de la ausencia.

Todo sufrimiento es inútil para quien no persigue la poesía, para quien no alimenta con sus ojos a las águilas.

Ejercito la sed. Amo tan sólo a quienes no pude salvar.

Ya no existe una oscuridad que guíe nuestros sueños ni los fantasmas del deseo inconcluso; sólo el abyecto intercambio que ha remplazado al rito.

Ya no busco, pierdo...

Y ni siquiera encuentro lugar en el asombro.

No puedo olvidar más. Ni pretendo saber las tres respuestas ocultas por la muerte.

Aquí nadie carece del odio necesario para recobrar el paraíso, ni confiesa su ruda caída en el día.

Debo ser sombra o grito. Retorno o nacimiento.

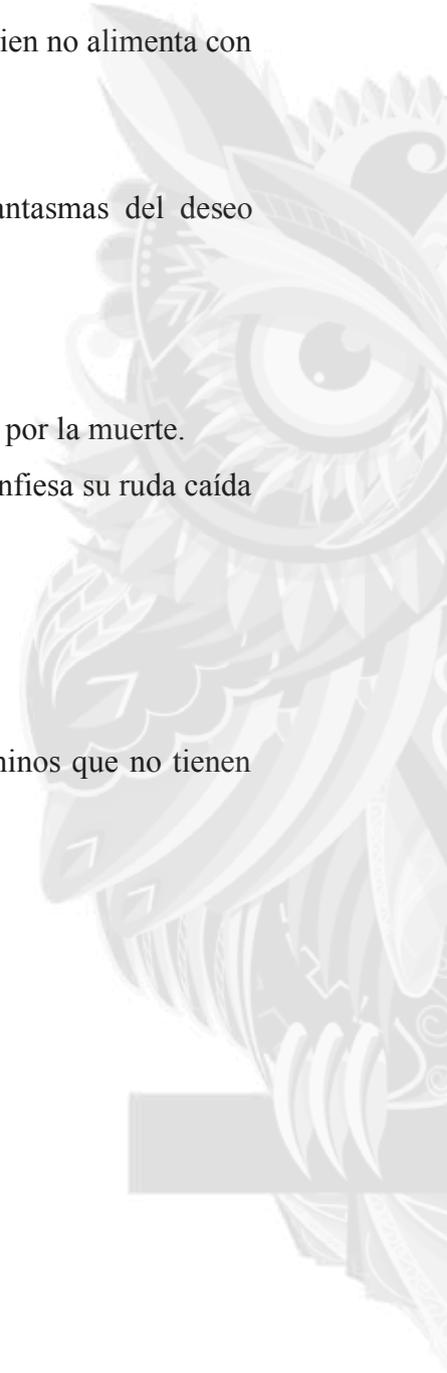
Cada origen decretará la abolición del yo.

Es entonces cuando la respiración será verde.

Y aunque todo se lo deba al dolor... Avanzo: caigo. Elijo los caminos que no tienen final. Las voces que incendian las tinieblas. El poema.

Tú lo sabes, cuerpo estremecido:

No es en el tiempo donde he puesto mis palabras.



“Canción de la ceniza”

El poeta veía nacer el instante.

La escritura era la cicatriz dejada por algo que nunca pude comprender.

Al amanecer las nubes entraban a mi casa. El aroma tradujo a las flores y una mujer que nada sabía de la tierra sostenía mi voz cuando viajaba en el potro del miedo.

Ninguna palabra ha permanecido ilesa.

Todas las salidas fueron clausuradas.

Quise desnudar al objeto. Perturbar el origen. Contraer el lenguaje a una edad anterior a la vida para pronunciar el primer sí. Y eso aumentó mi soledad.

Es el amor, no el odio o la venganza, el que terminará por extinguirnos.

Espero a los herejes.

La espina quizá, pero la rosa no puede ser interpretada.

En la red del poema atrapo mi muerte.

¿Quién habitará mi sombra?